

DICIEMBRE EN EL CONO SUR

Por Luis GUTIERREZ ESPARZA

Videla se alisó la pelambre y dijo: "Habrá una alegre Navidad". Corifeos y secuaces, los ojillos brillantes por las lágrimas de felicidad, exultantes ante el gesto magnánimo del caudillo, aplaudieron. Las agencias noticiosas internacionales se apresuraron a difundir a los cuatro vientos la buena nueva: Argentina, libre ya de violencia, abrazaría a todos sus hijos fuera de prisiones, ergástulas, campos de concentración, y, reconciliados con el Gran Proyecto Nacional, serían felices, vivirían muchos años y tendrían muchos hijos (bueno, quizás no tantos...).

Idílico. E indignante. Pero hay muchos que, ansiosos por llegar al campeonato mundial de futbol de 1978 sin que la conciencia les atosigue los entresijos del alma, estuvieron dispuestos a creer en la enésima mentira del dictador fascista. Mas la Navidad en el Cono Sur no es villancico; la Nochebuena no fue noche de paz ni de amor. Los perseguidos, los martirizados, los acosados, siguieron viviendo —si es que vivían— como parias. Víctimas de un poder omnímodo al que apoyan la oligarquía, la plutocracia. Al que respalda el imperialismo.

El 21 de noviembre, Cyrus Vance, secretario de Estado del gobierno de James Earl Carter, estuvo en Buenos Aires. Tras conversar con los prisioneros de la gorilocracia fascista, el hombre de la sonrisa imperturbable pareció convencido de las bondades del videlato. Lástima, lástima grande, que las "locas de Plaza de Mayo" hayan echado por tierra la tramoya. ¿Locas? Sí, porque creyeron en un resto de decencia dentro del sistema opresor; porque supusieron que las frases grandilocuentes de Carter sobre los derechos humanos, servían para algo más fuera de consagrar como héroes a delincuentes o desquiciados que lucen el marbete de "disidentes" soviéticos.

Las fotografías fueron elocuentes. Una multitud, sobre todo mujeres, rostros de madres, de esposas, de amigas, de compañeras, de hermanas, de hijas, desafiando, impertérritas, la vesania de los gorilas, para pedir la libertad de los perseguidos. Ellas,

también, fueron agredidas. ¿Qué sabe de respeto el tirano que asesina antes de ir a misa? Y a Vance, ¿no le atronarán los sueños de gin and tonic o whisky on the rocks, los estribillos de esas mujeres que buscaban el apoyo de Estados Unidos para que en Argentina se respeten los derechos humanos?

Luego, el ocho de diciembre, 15 o 16 personas —las versiones son diversas—, mujeres en su mayoría, una o dos monjas entre ellas, fueron secuestradas por los esbirros de Videla en la iglesia de la Santa Cruz, cerca del centro de Buenos Aires. ¿Su delito? Reunirse a preparar un desplegado en favor de los presos políticos argentinos, que debería publicarse en los periódicos de esa capital. (Los mismos periódicos que informaron sobre la detención, afirmando cínicamente que los afectados habrían recuperado la libertad "una vez identificados". El periodismo argentino, que jamás se distinguió —salvo honrosas excepciones— por su calidad o su combatividad, ha llegado, sobre todo los grandes diarios, a los peores excesos de abyección ante la tiranía fascista).

El 16 de diciembre, en Montevideo —apenas un salto sobre el agua, para entrar de Argentina a Uruguay; ni un salto, porque las dictaduras se hermanan y en lo práctico deciden la abolición de las fronteras—; en la capital uruguaya, antaño ciudad de la alegría y de la luz, los esbirros del títere Aparicio Méndez —a quien manejan a su antojo Julio César Vadora y primates que lo acompañan—, fue secuestrado Miguel Angel Estrella, pianista excelso, argentino, ciudadano del mundo, hombre universal de probada vocación democrática, que recientemente vino a México para ofrecer su arte en el Palacio de Bellas Artes, en la Casa del Lago y en la Sala Chopin. ¿Su crimen? Presumiblemente, seguramente, negarse a ser epígono del fascismo.

Una ojeada a los periódicos argentinos, duele. Pese a todo, publican eventualmente "solicitadas" (desplegados), suplicando por

hijos, hermanos, padres, abuelos, amantes, esposos... Como Enrique Israel y Clara B. de Israel, que, anegándose en la amargura, buscan a su hija, la abogada Teresa Alicia Israel, víctima de la represión. Deben, necesariamente, halagar de manera untuosa, cortesana, al asesino, al dictador Videla: de lo contrario ningún periódico publicaría su lamento.

Por las "locas de Plaza de Mayo" (locas de dignidad), por Estrella, por Teresa Alicia Israel, por todos los perseguidos del fascismo. Por ellos, mi brindis de Nochebuena y de año nuevo. Verán la libertad, estoy seguro.